

cenizas, y otras exponiéndose á la caída de los edificios que continuamente se estan desplomando en su alrededor. Por último llegó á la ciudadela, á cuya vista las tropas del tirano estaban formadas en batalla; atácalas denodadamente y las obliga á encerrarse otra vez en su guarida, de donde no salieron sino despues de haber entregado la plaza mediante capitulación, á los ciudadanos.

Habiendo Dion restablecido la tranquilidad, no gozó largo tiempo del fruto de sus trabajos; (1) pues pereció asesinado despues de haberse hecho por su parte culpable de otro asesinato. Calipe, que fue el matador de Dion, se vió á su vez arrojado por el hermano de Dionisio, y por último este tirano volvió á recobrar el trono perdido despues de diez años de interregno.

Platon conoció mejor que Dion á los hombres de su época, cuando le predijo que no conseguiria mas que causar nuevos males sin poder remediarlos. Es mucha insensatez el querer dar república á un pueblo que carece de virtud: quien lo intente no hará mas que arrastrarlo de calamidad en calamidad, y de tirano en tirano, sin conseguir establecer su independencia. En mi concepto existe una clase de gobierno particular adecuado á cada uno de los diversos periodos de la edad natural, digámoslo así, de los pueblos: la libertad absoluta á los salvajes, la república monárquica á los pastores, la democracia á la edad de las virtudes sociales, la aristocracia á la relajación de costumbres, la monarquía á la edad del lujo y el despotismo al período de corrupcion. De aquí se infiere que al querer dar á un pueblo la forma de gobierno que no es análoga á su estado moral, no se consigue nada mas que agitarlo sin fruto, pues tarde ó temprano el inevitable impulso de las cosas (a) lo coloca en el estado que naturalmente debe tener. Hé aquí el motivo de convertirse muchas supuestas repúblicas súbitamente en monarquías: de tales principios, tales consecuencias; de tales costumbres, tales gobiernos. Si hombres viciosos trastornan un Estado, por muy plausible que sea el pretexto de que se valgan, lo único que podrá resultar es el despotismo. Los tiranos son el remordimiento de las revoluciones llevadas á cabo por los diversos.

#### CAPITULO XI.

NUEVOS TRASTORNOS DE SIRACUSA. — TIMOLEON. — RETIRADA DE DIONISIO.

No duró mas que dos años la nueva aparición de Dionisio en el trono. Insurreccionáronse nuevamente los intratables siracusanos y llamaron en su ayuda á

(1) Dion juntamente con algunos filósofos platónicos quiso establecer en Sicilia una de esas repúblicas ideales que tanto daño causan á los hombres. Tal vez sea esa la única vez que se ha intentado establecer un gobierno sobre principios puramente abstractos. Los franceses quisieron tambien hacer lo mismo en nuestros tiempos, pero ni estos, ni aquel pudieron conseguirlo, porque el vicio dominaba ya en las costumbres nacionales. Es casi increíble cuánto se parece la edad filosófica de Alejandro á la nuestra.

(a) Aquí refuto victoriosamente la mania de querer dar á los pueblos constituciones uniformes desentendiéndose del estado de civilización en que se encuentran. Eso mismo he dicho en la tribuna hace diez años, sea como miembro de la oposicion, sea como ministro, deseando á todas las naciones una libertad proporcionada á su grado de ilustración. Ese es el único modo de elevar á los hombres á una libertad completa, y no siguiendo ese camino todo cuanto se haga en obsequio de la libertad redundará en favor de la tiranía. Mi razon ya madura aprueba pues completamente lo que dije en esta página hace treinta años, pero no por eso se pierda de vista que entonces me referia únicamente al sistema de las repúblicas antiguas, esto es, fundando la libertad únicamente en las costumbres, y olvidándose de otra especie de libertad que es la que los progresos de la civilización traen consigo. (N. ED.)

lcetas, tirano de un país inmediato. Este, lejos de pensar en combatir por la libertad de Sicilia, no pensó sino en substituir á Dionisio, y se alió secretamente con los cartagineses. No tardó la escuadra púnica en presentarse á la vista del puerto, cuando el antiguo tirano no habia abandonado aun la ciudadela y se defendia contra el nuevo dueño de la ciudad. En semejante conflicto los siracusanos enviaron á pedir socorro contra Dionisio, contra lcetas, y contra los aliados de este, á Corinto, su madre patria. Compadecidos los corintios de su antigua colonia, enviaron á Timoleon al frente de diez buques de guerra. Este grande hombre desembarcó en Sicilia, y alcanzó una victoria sobre lcetas.

Al ver Dionisio desvanecidas sus esperanzas, se entregó al general corintio, y este hizo marchar á Grecia con una sola nave, sin acompañamiento, y con una pequeña suma de dinero, al que en otro tiempo habia sido señor de escuadras, tesoros, palacios, esclavos y de uno de los mas hermosos reinos del mundo antiguo. Viéndose de allí á poco Timoleon dueño de Siracusa, batió á los cartagineses; é invitando al pueblo con la libertad, mandó que se arrasaran las ciudadelas que acostumbraban servir de guarida á los tiranos. Precipitáronse los siracusanos sobre aquellos odiosos monumentos de esclavitud: arrasáronlos, y destruyendo hasta los sepulcros de los déspotas, dispersaron sus huesos por los campos, ó los dejaron suspendidos como los esqueletos de las aves de rapiña que se colocan en las heredades para espantar á sus semejantes (b). Erigieronse tribunales de justicia nacional en el mismo terreno de aquellas ciudadelas de donde en otro tiempo emanaban las injustas arbitrariedades de los reyes. Hasta sobre las estatuas de estos recayó públicamente la justicia del pueblo y fueron condenadas á ser vendidas, no exceptuándose entre todas mas que la de Gelon. El bueno, el patriota Enrique IV, que no habia sido un usurpador como Gelon, no pudo salvar su efígie del furor de los republicanos franceses. Los antiguos acataban la virtud hasta en sus mismos enemigos, y los que concedieron honores sepulcrales al extranjero Mardonio, no habrian ciertamente dejado confundir las cenizas de su compatriota Turena, en medio de una osteología de monos. En vano tratamos de aumentar nuestra estatura para imitar á los gigantes de la Grecia, nunca pasaremos de ser unos pigmeos (c).

#### CAPITULO XII.

DIONISIO EN CORINTO. — LOS BORBONES.

Al llegar Dionisio á Corinto, acudió todo el mundo á saciar la curiosidad de contemplar un monarca en la desgracia. No es tan intenso el amor que profesamos á la libertad como el odio que alimentamos contra los poderosos; porque no podemos tolerar la felicidad en los demás y estamos en la inteligencia de que aquellos la poseen completamente. Como los reyes estan al parecer persuadidos de ser una raza distinta de la multitud, no es extraño que en el día de la desgracia no encuentren quien acompañe con una lágrima su desgracia. Cada cual al verlos en el infortunio dice entre sí: «he aquí el hombre á quien los demás prestábamos obediencia y que con sola una mirada habria podido arrebatarme la libertad y la vida.» Sin poder elevarnos de nuestra baja raza rastreamos ante el prin-

(b) La comparación es bastante exacta; mas no conviene llevar el odio de la tiranía hasta el extremo de aplaudir la violación de los sepulcros. (N. ED.)

(c) Ese pasaje aunque no enteramente falto de verdad respira demasiada indignación. Fácilmente se echa de ver que ese sentimiento de independencia que campea en todas esas páginas, en nada perjudicaba al afecto que yo tenia á mis legítimos soberanos. No pueden condenarse con mas sinceridad los excesos revolucionarios, ni profesar mas apego á la libertad. (N. ED.)

cipe sentado en el trono y cubierto de gloria; mas tambien le escupimos al rostro asi que lo vemos caer (a).

¿Qué recurso le quedaba á Dionisio en medio de tales angustias? Habria debido saber que para los desgraciados son menos temibles los tigres y los desiertos que la sociedad. Habria debido retirarse en algun lugar solitario á llorar sus culpas pasadas y particularmente á ocultar sus lágrimas; lo mejor que podia haber hecho era haberse recostado como los antiguos y haber muerto. No es tan digno de lástima el hombre que en medio de su infortunio vive cerca de un droguero ó de un vendedor de puñales, y conserva algunas monedas en su bolsillo (b).

No tenia ese temple el alma de Dionisio: aquel tirano conservaba todavía no sé por qué razon apego á la existencia. Tal vez algun lazo oculto que no se atrevia á descubrir, algun secreto afecto... ¿No era por ventura padre? ¿No dan las debilidades del corazón apego á la existencia? Uno de los terribles efectos de la desgracia es el redoblar nuestra sensibilidad: al mismo tiempo que en el corazón de los otros estingue nuestro afecto, nos hace mas susceptibles de amistad, cuando ha pasado ya la hora de los amigos.

Provechosa lección ofrecia el tirano de Siracusa en Corinto á donde los extranjeros acudian á meditar sobre tan extraordinario espectáculo. Aquel desgraciado monarca cubierto de harapos pasaba su vida en las plazas públicas y las puertas de los bodegones donde por compasión le daban algun poco de vino y los restos de las comidas. El populacho formaba corro en su alrededor y Dionisio tenia la bajeza de divertirlo con sandeces. En seguida pasaba por las tiendas de los perfumistas, é iba á casa de las cantoras á ensayar lo que ellas habian de cantar en el teatro, y á disputar sobre reglas de música. Mas adelante para no verse reducido á morir de hambre tuvo que reducirse á enseñar gramática á los niños del pueblo de los arribales, y aun no fue este el único envilecimiento á que le condenó la fortuna.

No ha faltado quien ha querido indagar las causas de tan rastrera conducta, y sobre este particular hizo Ciceron una reflexion llena de amargura, opinando que no siéndole posible á Dionisio olvidarse de su propension á la tiranía quiso ejercerla sobre los niños. Justino por el contrario cree que el tirano obró de aquel modo por quitar todo motivo de sospecha á los de Corinto. ¿No será mas prudente creer que la desesperación fue la única causa que precipitó al destronado monarca de Sicilia en aquel colmo de bajeza? A fuerza de insultarlo lo convirtieron en objeto digno de los insultos. Es la desgracia una enfermedad del alma que quita la energia necesaria para desprenderse de la vida, y cuan lo el desgraciado conoce que su carácter se envilece, y que la piedad de los hombres se desdena de emplearse en él, entonces se envuelve enteramente en el desprecio, como en una especie de sudario.

No obstante la máscara de insensibilidad con que el tirano ocultaba su rostro, dudó que el banco de pie-

(a) Insufrible seria la vida si fuese la raza humana lo que en aquel tiempo me parecia ser. Si el pueblo escupe en el rostro á los reyes caídos del trono, falta saber si al recobrar estos el poder no escupan tambien en el rostro de sus servidores.

(b) Solo me faltaba para coronar la obra el recomendar el suicidio. Si el resto de la obra no estuviera en contradicción con semejantes principios, y no ofreciera una expiación de esos arrebatos de un alma dolorida, no habria términos con que reprender al autor del libro. Si me fuera posible alegar una excusa de doctrina tan perniciosa, haria notar que era un sentimiento generoso y hasta monárquico el que me las inspiraba. Yo hubiera querido que Dionisio se hubiese dado la muerte antes que envilecer a un mismo tiempo su persona y su dignidad; el consejo es criminal; pero el motivo que lo dictaba es noble. (N. ED.)

dra que le servia de almohada durante la noche en la plaza pública, y que tal vez tenia que compartir con algun mendigo de Corinto, amaneciese enteramente seco por la mañana. Muchas palabras que se le escaparon á aquel desgraciado justifican esta conjetura.

Habiéndose cierto día encontrado con Diógenes y oyendo que este le decía: «Tú no merecias semejante suerte,» no entendió el sentido de esta exclamación, y figurándose que al fin habia teuido la dicha de encontrar un ser humano que le compadeciera, contestó sin poder dominar su emoción: «¡Luego tú me compadeces! Gracias.» La sencillez de esas palabras que habria debido enternecer á Diógenes, no hizo por el contrario mas que irritar el despecho del feroz cínico. «¡Yo compadecerte! esclavo, te engañas, replicó Diógenes: cáusame indignación el ver que te dejan vivir en una ciudad donde gratuitamente se te han de proporcionar algunos placeres.» No quiera Dios que nunca participe yo de semejante filosofía.

Viéndose en otra ocasión importunado por un hombre que le abrumaba con indecentes familiaridades exclamó con la mayor resignación: «¡Bienaventurados los que han aprendido á sufrir!»

Tambien sabia algunas veces rechazar una injuria grosera por medio de dichos agudos. Cierta ciudadana sospechosa de ratería, se aproximó á él sacudiendo la túnica, á fin de manifestar que no llevaba ninguna arma oculta (se acostumbraba hacer esta ceremonia para hablar con los tiranos); viendo lo cual Dionisio le dijo: «Prefiero que sacudas la túnica al despedirte.»

La fortuna mezclaba alguna vez dulzuras con sus rigores como para hacerle mas insoportable lo acerbo de su cáliz. Concediósele al destronado tirano licencia para viajar, y Filipo le recibió en su corte con todos los honores debidos á su anterior estado. De manera que habiendo sido maestro de escuela en Corinto honrado como rey en la corte de Macedonia, y viéndose luego reducido á la mendicidad, nadie mejor que aquel desgraciado pudo dar testimonio del insensato capricho de la fortuna y de la vanidad de todos los papeles que se vió obligado á representar. Por lo menos el padre de Alejandro se honró asimismo respetando tan atroz infortunio, y al ver á su desgraciado huesped no pudo menos de decirle con alguna viveza: «¿cómo has perdido un reino que tu padre supo conservar tanto tiempo?—Eso consiste, respondió Dionisio en que heredé su poder, pero no su fortuna.» Esa contestación explica la historia entera del género humano. Cierta noche que Filipo y Dionisio pasaban amigablemente el tiempo en una orgía preguntó el primero al de Sicilia cuánto tiempo empleaba su padre, Dionisio el antiguo, en componer tanto número de versos: «El tiempo que nosotros empleamos en beber, contestó alegremente el rey destrouado (c).

Por último, quiso la suerte dar al gran drama de la escuela de los reyes un desenlace no menos extraordinario que las demás escenas. Viéndose otra vez reducido Dionisio al último grado de miseria, ó tal habiendo flaqueado su razon en fuerza de tantas desgracias se alistó en una compañía de sacerdotes de Cibeles, y la Grecia vió al monarca de Siracusa recorrer sus ciudades y aldeas bailando con su enorme barriga al sonido de un timpano y luego alargando la mano para recibir la miserable limosna que el populacho le daba.

(c) No he sacado todo el partido que podia de esta entrevista de Dionisio y Filipo. Dionisio el Antiguo, fue un monarca bastante ilustre que tuvo un hijo demasiado mezquino, y Filipo por el contrario, tuvo por heredero á un hijo, que es uno de los hombres mas eminentes que la historia recuerda. Aquel pequeño déspota que daba fin al reino de Sicilia comiendo con el joven Alejandro, que iba á dar principio á una de las tres mayores monarquías del mundo, formaba un contraste que yo habria debido aprovechar. (N. ED.)



Fácil es comprender la causa que me ha hecho referir tan extensamente las desgracias de Dionisio; pues además de la moralidad que de ellas puede deducirse, la Europa estaba presenciando en el momento que yo me dediqué á describirlas un triste ejemplo, no de los vicios de aquel tirano; pero sí de su menguada suerte. En aquellos instantes se presentaba á los ojos del mundo un Borbon, que hallándose privado, hasta de su patrimonio particular, se veía reducido á emplear en Suiza el mismo recurso de que se valió Dionisio en Corinto para sostener su vida. No puede dudarse que el duque de Orleans habrá enseñado á sus pupilos los peligros que una culpable ambición lleva en pos de sí, y los inconvenientes sin fin de una educación descuidada: no se habrá olvidado de inculcarles á todas horas que el primer deber del hombre no es el ser rey, sino el ser probo. Si esta palabra parece algo severa, apelaré al testimonio de ese mismo príncipe, cuyo valor y virtudes naturales son harto conocidas. Fije en torno suyo una mirada sobre Europa y contemple los millares de víctimas sacrificadas diariamente á la ambición de su familia: por mi parte me habria sido grato no haber tenido que recordar el nombre de su padre.

El resto de la familia de los Borbones no se ha eximido tampoco de ser acrisolada por el rigor de las desdichas. El heredero de los reyes, el soberano legítimo de Francia anda errante al escribir yo estas líneas, por Europa á merced de los hombres (a), y el dueño de tantas riquezas y de tantos palacios se habria considerado como muy dichoso en poseer en algun rincón del mundo la cabaña del mas infeliz de sus vasallos.

Sin embargo aunque tanta amargura debían causar á Luis los recuerdos de sus grandezas perdidas, de ningún modo debía temer el llegar á ser víctima del exceso de indigencia, como los tiranos de la antigüedad. En aquellos tiempos remotos un monarca destronado no encontraba por todas partes mas que repúblicas que se complacían en insultar su desgracia, y en la actualidad por do quiera encuentra soberanos que por lo menos atienden á las necesidades de su vida (b). Si algun día llega la Europa á constituirse en democracias, el último de los reyes que caiga del trono tendrá que apurar las mismas amarguras que Dionisio.

Desde las primeras épocas del mundo hasta la catástrofe de los Borbones, la historia presenta un gran número de príncipes destronados y presa de infortunios, herencia común del humano linaje. En esta triste categoría figuran particularmente entre los antiguos, aquel monarca privado de la vista que apoyado en el brazo de Antigone recorría la Grecia: Teseo, el legislador, defensor de su patria y desterrado por un pueblo ingrato; Orestes acompañado de su

(a) Terminantemente queda consignado en este pasaje mi afecto á la monarquía de San Luis y á la legitimidad; pero el paralelo entre Dionisio y los herederos de tantos monarcas, presenta la misma importunidad é inconveniencia que otras muchas comparaciones que se leen en este *Ensayo*. ¿Qué relación de influencia, de carácter, ni de grandezza puede hallarse entre el tirano de unas cuantas ciudades de Sicilia, hijo de otro tirano, y primero de su raza con la dinastía de los Borbones? ¿Puede aquel régio farsante que bajó del trono para figurar en una comparsa de sacerdotes de Cibeles, ofrecer ningún punto de parangón con el magnánimo soberano que rechazó tan noblemente todas las proposiciones que le hizo el usurpador de su corona? Pero yo necesitaba á todo trance comparaciones para deducir consecuencias mas ó menos exactas, y escribir páginas mas ó menos congruentes. (N. ED.)

(b) Hay algo de limitado, de árido y de vulgar en esta comparación. Me he expresado con mas nobleza anteriormente cuando dije: Un rey de Francia, aunque desprovisto de todo, no dejará de ser rey en tanto que pueda vestir su traje *flor de lisado*, llevar por bastón el cetro de San Luis, y ceñir la espada de Enrique IV. (N. ED.)

único amigo; Idomeneo expulsado de Creta; Demárito, rey de Esparta, refugiado cerca de Darío; Hypias, muerto en la batalla de Maratón, al esforzarse por recobrar la corona; Pausanias II, rey de Esparta, sentenciado á muerte y evitándola por medio de la fuga; Dionisio en Corinto; Darío huyendo de Alejandro y asesinado por sus mismos cortesanos; Cleomenes, digno sucesor de Agis, crucificado en Egipto, á donde se habia retirado; Antiocho Hierax, á quien no dió Tolomeo mas asilo que un calabozo; Antiocho X que anduvo errante entre los partos y en Cilicia; Mitridates solicitando vanamente asilo cerca de su yerno Tigranes, y obligado á tomar un veneno; en Roma Tarquino expulsado por Bruto, y tratando inútilmente de sublevar la Italia en su favor, y por último veríamos una multitud de soberanos de ambos imperios, cuya enumeración seria demasiado difusa (c). No faltan tampoco entre los pueblos modernos trágicos ejemplos con que poder aumentar este catálogo: Gélimer (1) en Africa expulsado del trono de los Vándalos y reducido á cultivar el campo con sus propias manos; Lamberg en Italia, primer príncipe destronado de la Europa moderna; Pedro de Médicis que á no haber sido por Felipe de Comines no habria podido hallar asilo en Venecia; el emperador Enrique IV, huyendo de su hijo; el conde de Flandes, expulsado por Artavelle; Carlos V de Francia, destronado por la facción de Carlos de Navarra; Carlos VII, reducido á solo la ciudad de Orleans; Enrique VI de Inglaterra, precipitado del trono, restablecido y vuelto á destronar; Eduardo IV, errante por los Países-Bajos privado de todo socorro; Enrique IV de Francia, expulsado por los partidarios de la Liga; Carlos II de Inglaterra durmiendo bajo una encina en sus propios Estados, mientras que su familia en el continente permanecía todo el día en la cama por no tener fuego con que calentarse; Gustavo Vasa oculto en unas minas; Estanislao, rey de Polonia, huyendo disfrazado de su palacio; Jacobo II, hallando una corte en Francia y sus descendientes careciendo de lugar en que reclinar su cabeza (d); Maria, presentando su hijo al pueblo húngaro, y finalmente los Borbones con sus repetidas desgracias podrían terminar dignamente esa lúnebre lista. En este catálogo de miserias cada cual

(c) En este catálogo habria debido hacer mención de Perseo, aunque no fuera sino por recordar el trono de Alejandro. (N. ED.)

(1) La interesante historia de este monarca ofrece una de las mas caprichosas combinaciones de la fortuna. Al día siguiente de haberse podido escapar secretamente de Cartago, comia Belisario en el mismo palacio de aquel desgraciado príncipe, en su misma mesa, y servido por sus mismos esclavos. Habiéndose Gélimer acogido á un general romano fue conducido á Constantinopla, donde despues de haberse humillado ante Justiniano, se le asignaron algunos bienes territoriales en un rincón del Imperio. (PROCOPIO. *Bell. Vandal.* lib. I, cap. XXI, etc.) Ese buen Procopio que tan cándidamente refiere sus sueños, el amor de Honorio á una gallina llamada *Roma*, y las canciones de los niños que decían: «C expelerá á B y B expelerá á C...» me hace acordar que en su historia de la guerra de los persas se encuentra un interesante capítulo acerca del mar Rojo y el comercio de Indias que en mi concepto no ha llegado á noticia del sabio Robertson, en su *Disquisición*. Dícese en aquel capítulo que para aquella navegacion se construían los buques sin clavazón de hierro, uniendo las tablas únicamente con cables, y esto lo hacían no por causa de las rocas de iman, según dice Procopio que en este pasaje hace alarde de incredulidad, sino para dárles mas ligereza (\*). (*De Bello Pers.*, lib. I, capítulo XVIII.)

(d) La Francia los rechazó; pero Roma, madre común de desgraciados, les dió asilo.

(\*) Esta nota está escrita á la diablo, sin mas mérito que el ofrecerte una noticia bastante curiosa. ¿Qué tenia que ver con el texto de la obra ni las canciones de los niños, ni Honorio ni Robertson, ni el comercio de Indias, ni las rocas de iman, etc. etc? Erudición digna ciertamente de la *obra maestra de un Incógnito*. (N. ED.)

Podrá satisfacer las inclinaciones de su corazón: la envidia dirá que fueron reyes; la piedad no verá sino desgraciados, y la filosofía tendrá presente que eran hombres.

## CAPITULO XIII.

## Á LOS DESGRACIADOS.

Price happy you, exho loock as from the shore.  
And have no venture in the Wreck you see!  
(Tres veces venturoso quien contempla  
desde seguro puerto la borrasca!)

No está escrito este capítulo para toda clase de lectores: muchos de estos podran dejarlo aparte sin interrumpir el hilo (a) de la obra: solo se dirige á la clase de los que padecen, y por lo tanto no he procurado mas que escribirlo en su idioma que hace ya mucho tiempo estoy estudiando! (b).

No era ciertamente un favorito de la fortuna el que repetía los dos versos que sirven de epigrafe á este capítulo. Era un monarca, era el desgraciado Ricardo II que lanzando una mirada al través de las celosías de su prision al amanecer del día en que fue asesinado, envidiaba al pastor que en el valle podia sentarse tranquilamente al lado de su rebaño.

Cualesquiera que tus errores hayan sido, inocente ó culpable, procedas de un trono ó de una cabaña; quien quiera que seas, hijo de la desgracia yo te saludo: *Experti invicem sumus, ego ac fortuna.*

Mucho se ha disputado ya acerca del infortunio, como acerca de todo; mas sin embargo creo que no careceran de novedad las siguientes observaciones (c).

¿De qué manera influye sobre los hombre la desgracia? ¿Aumenta la energia del alma? ¿La deprime?

Si la aumenta ¿por qué se mostró Dionisio tan cobarde?

Si la deprime ¿por qué manifestó tanta fuerza la reina de Francia?

¿Se amalgama con el carácter de la víctima? En ese caso ¿por qué razon Luis (d) tan tímido en los dias de bienandanza desplegó tanto valor en el momento de la adversidad? ¿Por qué motivo aquel Jacobo II, tan valiente en la prosperidad, huyó cobardemente por las riberas del Boyne cuando ya nada tenia que perder?

¿Podrá suponerse que la desgracia da nueva forma al carácter de la víctima? ¿Será fuerte el que era débil, ó vice-versa? ¿Pero qué fue sino un cobarde durante toda su vida aquel emperador romano que por salvar su existencia se ocultó en las letrinas de su propio palacio? ¿Y el Breton Caractacus no sostuvo su noble independencia lo mismo en medio de la capital del mundo que en la soledad de los bosques de su suelo natal?

En presencia de tales datos no parece posible racionar de un modo exacto acerca de la naturaleza del infortunio.

Es verosímil que influye en nosotros por causas secretas que dependen de nuestras costumbres y preocupaciones, y por la posicion en que nos hallamos con relacion á los objetos que nos rodean. El mismo Dionisio

(a) El hilo de una obra no se interrumpe, se corta. Aun prescindiendo de ese defecto, semejante frase condena todo el capítulo. El lector puede suprimirlo si tal es su deseo. (N. ED.)

(b) En efecto, presento la cuestion bajo todos sus puntos de vista; puedo pasar por sabio en la ciencia del infortunio. Yo me deleitaba en hablar de la desgracia, y cuando lo hacia, estaba en mi terreno natural, como el pez en el agua. (N. ED.)

(c) Muy propenso me mostraba á alabarme. (N. ED.)

(d) Alababa y admiraba á esas ilustres victimas, cuando nada podia esperar de sus descendientes. (N. ED.)

sio tan vil en Corinto, habria tal vez sido sublime entre sus vasallos en Siracusa.

Otra investigacion. Consideremos la desgracia en si misma, examinándola en sus relaciones exteriores.

La vista de la miseria causa diversas sensaciones en quien la mira. Los poderosos, es decir los ricos, no fijan en ella los ojos, sino con extremado disgusto: nadie puede prometerse de ellos mas que una compasion insolente, algun favor, alguna atencion que tal vez será mas amarga que los mismos insultos.

El comerciante al ver entrar en su despacho á un desgraciado, recoge precipitadamente todo el dinero: no sabe aquella alma de barro distinguir entre el desgraciado y el pícaro.

El pueblo os tratará si sois desgraciado con arreglo á su propia indole. En Alemania os dispensaran verdadera proteccion, en Italia no os faltaran humillaciones, y alguna vez vereis brillar destellos de sensibilidad y delicadeza; en España tendreis que sopor-tar altivez; pero no os faltaran pruebas de su natural hidalguía. El pueblo francés á pesar de su barbarie, considerado en conjunto, es el mas caritativo y sensible respecto del que padece y eso consiste en que es el pueblo menos ávido de oro. El desinterés es una cualidad que el pueblo francés posee en mas alto grado que todas las demás naciones de Europa. Ningun valor tiene para aquel pueblo el dinero con tal que no le falte para cubrir estrictamente las necesidades de la vida. En Holanda no encontrará el que sea víctima de la fortuna mas que brutalidad, y en Inglaterra un soberano desprecio; el pueblo de esa nacion comprende, analiza, critica, examina y no entiende mas que de *chelines*, ni ve por todas partes mas que cobre, plata y oro. Por lo demás este pueblo es enteramente lo contrario del francés. Tanto se puede esperar que los individuos que lo componen cometan en particular bajezas por algunas monedas, como que estando reunidos en masa den inequívocas pruebas de generosidad. No creo que existan dos pueblos tan antipáticos en genio, costumbres, vicios y virtudes que los ingleses y los franceses, pero con esta diferencia: los primeros reconocen generosamente algunas buenas cualidades en los segundos, en tanto que estos les niegan toda virtud (e).

Veamos ahora si de esas diversas indagaciones podremos deducir algunas reglas de conducta durante la desgracia. En mi concepto pueden deducirse tres.

El desgraciado es objeto de curiosidad para los demás hombres: hallan estos un placer en examinarlo, en tocar la cuerda de sus angustias á fin de proporcionarse el gusto de estudiar su corazón en el momento de las convulsiones del dolor, asi como los cirujanos estudian la circulacion de la sangre y el juego de la musculatura en animales, atormentándolos para este objeto (f). Debe pues establecerse como primera regla el ocultar nuestras lágrimas. ¿A quién le inspirará interés la relacion de nuestros males? Unos la oiran sin fijar la atencion en ella, otros se fastidiaran al oirla, y en unos y otros lo único que sobraría es malignidad. La suerte próspera es como una estatua de oro, cuyas orejas se parecen á las sonoras cavernas descritas por ciertos viajeros: el mas leve suspiro resuena en ellas como un espantoso sonido.

La segunda regla que se deriva de la primera, consiste en aislarse completamente. El desgraciado debe evitar la sociedad, porque esta es enemiga natural del

(e) Tal vez se necesitaria valor para hablar de este modo en Inglaterra; pero de todos modos conviene advertir que hay que hacer una trasposicion en el texto. En vez de decir *que los ingleses y los franceses, debe leerse: que los franceses y los ingleses*. (N. ED.)

(f) Me acusa incensantemente esa abominable idea que me formé de los hombres. Esas comparaciones son incoherentes.